

Reseñas bibliográficas

Martínez de Pisón, Eduardo (2009): *Miradas sobre el paisaje*. Madrid, Biblioteca Nueva, 285 pp.

Con algún texto inédito hasta la fecha, el libro es una excelente recopilación de artículos ya publicados por Martínez de Pisón en los últimos años, pero que adquieren unidad gracias a la armonía y a la coherencia que él mismo le ha sabido dar al índice; de tal forma que, si no apareciese la correspondiente referencia al pie, cada uno de los artículos sería un capítulo de una obra pensada y escrita como un todo. Incluso a pesar de que, como señala el autor, haya tenido que omitir algunos textos por la necesidad de ajustarse a un «razonable» número de páginas, «aparte de la desazón de lo olvidado en carpetas que yacen en inaccesibles estantes». Sin embargo, la armonía y la coherencia del texto van más allá de una buena disposición de los artículos, porque son el reflejo de dos de las cualidades del pensamiento del autor cuando escribe sobre el «paisaje del geógrafo», como subtitula su introducción.

El subtítulo introductorio es a la vez una declaración de intenciones. Nunca

más que en los últimos años se ha escrito, y se seguirá escribiendo, sobre los paisajes. Paisajes sonoros, paisajes invisibles, paisajes imaginados... paisajes que no lo son. Pero desde que los geógrafos incorporaron el paisaje como objeto de estudio, con sus altibajos en cuanto a protagonismo, un hilo conductor de marcado carácter humboldtiano se ha mantenido a través del tiempo en nuestra tradición geográfica, más allá de modas y vaivenes. El libro de Martínez de Pisón es una puntada más, hecha con ese hilo; una puntada firme y precisa que nos aclara muchas cosas que parecen diluirse entre tanto texto confuso y entre tanta mirada interesada que nos distraen de lo que debe ser la mirada del geógrafo cuando habla de paisajes. Es el profesor de geografía que nos enseña a analizar desde la autoridad del conocimiento científico de tantos años de estudio de paisajes de todo el planeta, que no olvida transmitirnos que el geógrafo no puede mirar esos paisajes con

unos ojos fríos de científico pragmático; que al paisaje sólo se le puede mirar con ojos enamorados, como él mira a sus montañas, o es mejor no mirarlo, porque podríamos destruirlo, como con tanta frecuencia hacemos.

Explica el autor que hay dos tipos de asuntos que forman las dos partes del libro, como consideraciones generales, en primer lugar, y como miradas concretas en la segunda. Esta aclaración se olvida pronto, en cuanto se ha avanzado un poco en la lectura, porque todo es fruto de una misma mirada, «de modo que las consideraciones se nutren de observaciones y los lugares observados de los razonamientos antes expresados». Más allá de la explicación del autor, ambas partes se diluyen en un solo discurso que va, poco a poco, de los conceptos, de los significados, de las formas de mirar, a los paisajes concretos, a sus montañas; a los que se llega con toda la carga de conocimientos acumulados en los primeros artículos, de forma que es muy sencillo entender lo que Martínez de Pisón siente cuando nos habla de Picos de Europa, de Gredos o de los Pirineos y espera que seamos capaces de sentir lo mismo, tanto si salimos a estudiar paisajes como si somos meros contempladores. Porque esta necesaria clase magistral sobre el paisaje geográfico, no es nada más una lección que todo geógrafo, que todo estudioso del paisaje, debe aprender. El libro contiene también una dura y nada ambigua crítica contra la mercantilización del paisaje, el peor y más destructivo de sus enemigos. Uno de los ejemplos que ofrece el libro sobre este proceso se recoge en unas pocas páginas bajo el título de «Hubo un Pirineo

de pastores». Es difícil, con menos palabras, dar una visión más clara de cómo el turismo empresarial ha convertido unos paisajes de «pirineístas poetas» en un lugar de multitudes.

Es un ejemplo entre muchos. Se podría decir lo mismo de Picos de Europa, de la Sierra de Guadarrama, de nuestras costas, masivamente ocupadas por las urbanizaciones para veraneantes. La denuncia de Martínez de Pisón es, a la vez, un grito de angustia frente a la sonrisa cínica de quienes se saben con el poder y la capacidad de recalificar, de destruir con sus máquinas para domesticar lo poco de naturaleza salvaje que nos va quedando, por no hablar de los paisajes rurales tradicionales. O lo que es peor, frente a la indiferencia generalizada de los agradecidos que llegan a la cumbre en su coche y, con mirada bobalicona, creen haber disfrutado de un paisaje.

En un tiempo en el que las lecciones magistrales son desprestigiadas hasta en la prensa; en el que los manuales se convierten en guías para «enseñar a aprender»; en el que eso que se llaman «nuevas tecnología» se convierten en la quintaesencia del conocimiento, *Miradas sobre el paisaje* se debería utilizar como manual obligatorio para los estudiantes de Geografía y de todas aquellas disciplinas que forman a futuros investigadores del paisaje. Sabemos que eso no va a ocurrir y que este libro será, por su erudición, una obra para convencidos, para quienes siguen creyendo que el estudio de los paisajes tiene una tradición que no se debe romper, porque esa forma de ver y entender los paisajes geográficos, además de toda su carga científica, enseña a sentirlos, a amarlos y, en

consecuencia, a luchar por su conservación. Por suerte, Eduardo no olvida que es y ha sido profesor toda su vida y seguro que confía, como confiamos otros, en el valor de sus palabras y en que este libro abra los ojos a quienes no saben muy bien lo que significa eso de «paisaje geográfico» y que la bella prosa con la que está escrito sea capaz de atraer a la causa del paisaje y de su conservación

a los escépticos y a los desconocedores, que no ignorantes.

Un defecto tiene el libro, que no deja de ser cualidad a la vez, que es demasiado corto, que deja con ganas de pasar la hoja y comenzar con el capítulo siguiente.

Manuel Mollá Ruiz-Gómez
Universidad Autónoma de Madrid

Maderuelo, Javier, dir. (2009): *Paisaje e historia*. Madrid, Centro de Arte y Naturaleza (Fundación Beulas) y Abada Editores, 314 pp.

Paisaje e historia recoge los textos de las ponencias presentadas en el marco de la cuarta edición de los cursos que, bajo el título «Pensar el paisaje» y la dirección de Javier Maderuelo, viene organizando anualmente, desde 2006, el Centro de Arte y Naturaleza (CDAN) de la Fundación Beulas de Huesca. Fruto de esos mismos cursos han sido otras tres obras anteriores, tituladas, respectivamente, *Paisaje y pensamiento* (2006), *Paisaje y arte* (2007) y *Paisaje y territorio* (2008), publicadas también por el CDAN y la editorial Abada. En este caso, el propósito del curso y del libro resultado del mismo era, según expone su director en las páginas introductorias, desvelar «los procesos por medio de los cuales el territorio (el país) se ha convertido en paisaje», así como «tomar conciencia de los diferentes caminos que la historiografía está siguiendo en sus intentos por narrar el devenir del paisaje» (p. 8).

A tal fin, y continuando con la filosofía de los cursos y libros precedentes de la serie «Pensar el paisaje», Maderue-

lo reúne a once especialistas procedentes de campos académicos y profesionales diversos, que incluyen, fundamentalmente, la historia del arte y de las ideas estéticas, la arquitectura del paisaje, la geografía y el planeamiento. Sus contribuciones cubren un amplio abanico de temas, que apenas hay espacio para resumir aquí. En la primera de las ponencias incluidas en el libro, la más ambiciosa y a mi juicio más interesante en relación con los propósitos antes indicados, Federico López Silvestre propone repensar la historia del paisaje superando las divisiones disciplinares y profesionales actuales y explorando la genealogía del concepto y de la historiografía actuales del paisaje, que arrancarían, en el ámbito cultural alemán, de la fusión entre el Idealismo y la *Naturphilosophie*. El autor repasa críticamente lo que denomina «historia contemplativa del paisaje», en sus diversas modalidades, para, finalmente, reivindicar el valor actual de las concepciones paisajísticas de la filosofía de la naturaleza (y en particular, la idea de paisaje como ámbi-

to de la libertad, el dinamismo y la creatividad) e identificar cuatro líneas historiográficas recientes y actuales que le parecen especialmente estimulantes en ese sentido.

En otra contribución reseñable, el geógrafo Johannes Renes critica la noción de «paisaje tradicional», ampliamente utilizada todavía hoy en la historiografía del mundo rural europeo, y sintetiza los principales factores y períodos de cambio de los paisajes rurales europeos desde la Alta Edad Media, reivindicando el interés de las investigaciones historiográficas «de largo plazo» para tratar de comprender y gestionar adecuadamente el patrimonio paisajístico heredado y cotidiano. A continuación, el historiador Carlos Tosco reflexiona sobre el concepto de «paisaje histórico» y expone resumidamente los principios, objetivos y fuentes que deben guiar según él la investigación de este tipo de paisajes. En las dos ponencias siguientes, Aurora Carapinha aborda las distintas «temporalidades del paisaje», mientras que Ana Luengo resume la evolución de las principales corrientes historiográficas en el estudio de los jardines españoles y se interroga críticamente sobre la noción de «jardín histórico o patrimonial». Luengo defiende asimismo un enfoque investigador que parta de la integridad (natural y artística) y el carácter vivo inherente a todo jardín, que define como «el fruto de un palimpsesto continuado, un archivo vivo que se ancla al paisaje y al territorio» (p. 149).

Tras estas aportaciones, la contribución a cargo de Javier Maderuelo trata de «fijar algunos hitos» en la historia de

la percepción de las ciudades desde los siglos finales de la Edad Media hasta el siglo XIX, incidiendo, entre otras cuestiones, en la importancia que han tenido determinados artificios y técnicas en la génesis y evolución de esa mirada, así como en el papel fundacional de la cartografía y de las vistas topográficas renacentistas en la percepción de la ciudad como paisaje.

Las dos siguientes ponencias, a cargo de Malcolm Andrews y Juan Calatrava, abordan, respectivamente, la visión del paisaje en la poesía y la pintura romántica inglesa y la dimensión paisajística de la obra de Gustave Flaubert. La tesis principal de la primera de estas contribuciones es que «los poetas y pintores británicos de finales del XVIII y principios del XIX se alejaron de los modelos paisajísticos importados del extranjero, clásicos y pintorescos, para adoptar un estilo que reflejara más fielmente la identidad de los paisajes nativos y transmitiera una experiencia del paisaje más trascendental y dinámica» (p. 182); mientras que la aportación de Calatrava subraya la importancia concedida por Flaubert al paisaje como reflejo privilegiado de los cambios drásticos experimentados por las sociedades occidentales y orientales a mediados del siglo XIX, ya fuera por la aceleración de las dinámicas asociadas a la primera revolución industrial (en el primer caso), ya por la irrupción de los sistemas coloniales (en el segundo). Aunque la calidad y el interés de ambas ponencias resultan innegables, su encaje en los propósitos explícitos del libro parece mucho más difícil de apreciar.

No es éste, en cambio, el caso de la siguiente contribución, a cargo de Luis

Urteaga. En las primeras páginas de la misma, Urteaga reflexiona sobre la utilidad de los mapas, y en particular de la cartografía histórica, para el análisis y la comprensión de los paisajes urbanos, para centrarse posteriormente en el estudio de los planos de las ciudades marroquíes levantados por los cartógrafos españoles de la Comisión de Estado Mayor en Marruecos entre 1882 y 1908, cuestión a la que ha dedicado una investigación mucho más amplia, publicada en el libro *Vigilia colonial* (Bellaterra-Ministerio de Defensa, 2006).

A la aportación de Urteaga siguen las de Javier Arnaldo y Lorette Coen, las dos últimas del libro. En la primera de ellas (titulada, sugerentemente, «Historia natural. Naturaleza histórica»), Arnaldo se centra en la influencia que han ejercido, desde mediados del siglo XIX en adelante, determinados estudios y representaciones de la naturaleza en ciertas figuras y estilos artísticos y, de manera más concreta, en el campo de la arquitectura y del diseño decorativo, de lo que dan buen ejemplo las obras del

fotógrafo Karl Blossfeldt o las de los arquitectos August Endell, Hans Poelzig y Antoni Gaudí, analizadas en el ensayo. Finalmente, Coen repasa brevemente algunos ejemplos emblemáticos, en su opinión, del paisajismo «de gran escala», en el que incluye ciertas intervenciones dirigidas a reconvertir paisajes que en el pasado fueron objeto de uso industrial o ambientalmente nocivo, caso del Parque de Duisburgo Norte, en la cuenca del Rürh, o de la restauración del antiguo vertedero de la Vall d'en Joan, en las proximidades de Barcelona. Dichas intervenciones, concluye la autora, «no pretenden [...] la reconstrucción de un paisaje perdido, sino su reinención» (p. 307); por ello, tienen en cuenta el pasado profundo (natural y cultural) de los territorios y tratan de otorgarles no sólo un sentido nuevo adecuado al presente, sino también un futuro, «sabiendo que lo irreversible, es decir, la muerte, acecha».

Jacobo García Álvarez
Universidad Carlos III de Madrid

Ortega Cantero, Nicolás, García Álvarez, Jacobo y Mollá Ruiz-Gómez, Manuel, eds. (2010): *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Universidad Carlos III de Madrid y Asociación de Geógrafos Españoles (Grupo de trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico), 516 pp.

El libro reseñado en estas líneas, *Lenguajes y visiones del paisaje y del territorio*, recopila la gran mayoría de las comunicaciones presentadas en el IV Coloquio del Grupo de trabajo de Historia del Pensamiento Geográfico de la AGE, que funcionó igualmente como el Simposio anual organizado

por la Comisión de Historia de la Geografía dentro del marco de la Unión Geográfica Internacional, celebrado en febrero de 2009 en plena Sierra de Guadarrama, extraordinariamente nevada y bella en aquellas fechas. Como indica el título, las aportaciones de los comunicantes de dicho coloquio gira-

ron en torno a los diferentes léxicos y soportes desarrollados históricamente en la comprensión geográfica y humana del paisaje, atendiendo tanto a su acercamiento cultural, ya sea este epistemológico, literario o artístico, como a su valor social, ya sea en el contexto de la vida rural reciente como en las complejas transformaciones actuales de la identidad y la memoria colectivas. De esta forma, el libro es una referencia necesaria en cuanto a lo que debe ser un entendimiento contemporáneo global del paisaje en el sentido más clásico del término, sin distinciones gregarias de tipo disciplinario que, por otra parte, quedaron superadas hace ya tiempo por los estudiosos anglosajones y francófonos. En este sentido, resulta, si no imprescindible sí desde luego interesante, conocer lo que en el coloquio se presentó en torno a un tema tan amplio y a veces laxo como es el paisaje, ahora publicado en esta obra, editada por los profesores Nicolás Ortega Cantero y Manuel Mollá Ruiz-Gómez, de la Universidad Autónoma de Madrid, y Jacobo García Álvarez, de la Universidad Carlos III.

Para no perder de vista los parámetros discursivos en los que se desarrollan los textos recogidos en el presente libro, este se abre con algunas reflexiones que sirvieron de conferencia inaugural del coloquio, llevada a cabo por el profesor Vincent Berdoulay, seguido del texto que utilizó el profesor Eduardo Martínez de Pisón para guiar la excursión por la Sierra de Guadarrama que se realizó uno de los días del evento. Intentando responder a la pregunta «¿No podría la historia de la geografía

ir más allá de esta investigación de antecedentes, en beneficio de una mirada hacia el futuro?», Berdoulay plantea a la historia de la geografía el interesante desafío de estar presente no sólo en los ámbitos académicos y científicos, sino también en los «debates concernientes a los retos contemporáneos», proponiendo para ello una nueva consideración del estudio de la disciplina con objetivos concretos para el futuro en donde el lugar que ocupe el individuo sea determinante en su reformulación, reivindicando así el trasfondo humanístico que, según el autor, debe tener la geografía. Para el geógrafo francés, resultan de una importancia decisiva las relaciones entre el hombre y el medio y la patrimonialización de estas conexiones, materializadas no pocas veces en notables ejemplos de alto valor intelectual y artístico.

El libro está estructurado, a continuación, en cuatro bloques temáticos, glosando de manera ilustrativa cuatro asuntos recurrentes que nos hablan de los distintos valores que se han otorgado y se otorgan al paisaje. El primero de ellos, llamado «Paisajes, territorio, identidades», tiene como objetivo ofrecer al lector una completa red de circunstancias sociales, políticas y culturales que, interactuando entre sí de forma compleja y a través de la historia, han ido configurando al territorio identidades notables de carácter nacional, regional, rural o urbano. Así, en este primer bloque están representadas algunas de las más interesantes construcciones identitarias de nuestra contemporaneidad y en ámbitos tan diversos como la montaña, el campo o la ciudad,

mostrando, como indicaba el deseo de Berdoulay, una preocupación por el presente y una proyección de futuro en los distintos temas tratados, a saber: la identidad nacional española de preguerra, el sentido del camino de Santiago, la problemática de la identidad europea o los conflictos sociales y urbanos de la ciudad de nuestros días, por citar sólo algunos.

El segundo bloque, conectando con algunos de los debates recientes más intensos de las ciencias humanas, está dedicado a los lugares de memoria y a su relación con la geografía. Después de un breve estado de la cuestión presentado por Jacobo García Álvarez en torno al papel de la geografía y la cuestión de la memoria colectiva depositada en ciertos lugares señeros, se recogen trabajos sobre la interrelación entre la disciplina y la historia en la construcción de la memoria de los lugares, la patrimonialización histórico-cultural de paisajes montañosos y agrarios, y los dilemas que deben afrontar las humanidades del nuevo siglo frente a la banalización de los lugares de memoria clásicos o ante el surgimiento de los llamados no-lugares y su función en las sociedades posmodernas.

El tercer bloque aborda las diversas imágenes del paisaje elaboradas por la cultura moderna, dadas a conocer en muy variados soportes culturales, algunos incluso populares, y ámbitos de conocimiento. Así, en este apartado se reúnen comunicaciones sobre las repre-

sentaciones construidas al amparo de la escuela francesa de geografía, representada paradigmáticamente, a principios del siglo XX, en el *Tableau* de Vidal de la Blache; los lenguajes científicos del paisaje en la tradición geográfica rusa y soviética; los ejemplos artísticos más significativos de la iconografía del paisaje agrario español o de las ciudades andaluzas en el romanticismo; la experiencia del paisaje articulada por y desde el arte cinematográfico; o las recientes líneas de investigación trazadas en torno al denominado paisaje sonoro. Por último, el cuarto bloque temático del libro, el menos numeroso, recoge cinco trabajos sobre el tratamiento de territorios y paisajes por un lenguaje específicamente geográfico como es el representado por la cartografía, o mejor dicho, las cartografías, como en efecto se titula dicho bloque, haciendo referencia a los diferentes mecanismos y discursos que han estado presentes en esta práctica representativa, como la perceptiva, la militar o la tecnológica.

Concluyendo, el libro se hace realmente necesario si se quiere tener una perspectiva general de lo que se viene haciendo en los últimos años en los estudios de geografía humana española y francófona que se han especializado en los distintos horizontes epistemológicos y culturales relativos al paisaje.

Carlos Cornejo Nieto
Universidad Autónoma de Madrid

Martínez de Pisón, Eduardo y Ortega Cantero, Nicolás, eds. (2009): *Los valores del paisaje*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 322 pp.

El libro *Los valores del paisaje* es el resultado del Seminario organizado, en julio de 2008, por el Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria. En él se recogen los trabajos presentados y debatidos en dicho encuentro, así como una explicación de la excursión realizada en el marco del mismo.

Con una edición muy elaborada y una selección de textos que abordan el estudio de los valores del paisaje desde muy diversos puntos de vista, este libro, al igual que los anteriormente editados por la Universidad Autónoma de Madrid y la Fundación Duques de Soria, recoge novedosas líneas de investigación de algunos de los más reconocidos autores, españoles y extranjeros, dedicados al estudio de los significados del paisaje.

Tal y como escriben los editores, Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero, la selección de obras recogida en este libro «ofrece una reflexión razonada y sugerente sobre diversas facetas y manifestaciones de la valoración del paisaje en el horizonte de la modernidad».

Resultaría imposible sintetizar en unos párrafos tantas ideas contenidas en una obra extensa y plural de enfoques y contenidos. Por este motivo, en esta nota se ha optado por señalar los rasgos y contenidos más característicos de las diez investigaciones presentadas por los trece especialistas de diversos ámbitos, científicos y técnicos, relacionados con el paisaje, que participaron en este reconocido encuentro científico.

El libro comienza con una reflexión de Eduardo Martínez de Pisón en torno a los valores escondidos de los paisajes y, más concretamente, de los que se encierran en la ascensión a la montaña. A través de una selección muy variada de representaciones artísticas y literarias, el autor analiza los significados culturales y espirituales de algunas montañas de gran singularidad, inspiradores de la obra de numerosos artistas de diferentes épocas y continentes.

El trabajo de Nicolás Ortega Cantero y Jacobo García Álvarez estudia dos paisajes percibidos y valorados como lugares de memoria: Covadonga y El Paular. El estudio de dicha consideración se centra en el universo de significados que definen este valor, procedente de su trayectoria histórica, su identificación nacionalista y su moderna patrimonialización.

Joan F. Mateu desarrolla un análisis sobre la valoración científica del paisaje a través de la trayectoria de ciertos naturalistas dedicados al estudio de los lagos y lagunas españoles antes de la Guerra Civil, y muestra la compleja interacción entre la especialización científica y la valoración integrada del paisaje. En este caso, el autor pone su atención en la obra de Luis Pardo, primer científico español en «descubrir el valor y el carácter de los lagos en el paisaje».

Por su parte, Javier Maderuelo, desde su mirada de profesor de Arquitectura del paisaje, plantea un estudio evolutivo de las valoraciones paisajísticas. Desde la etapa clásica hasta las sociedades modernas, el autor reflexiona sobre

el papel de la arquitectura como disciplina profesional en la construcción del paisaje y, por lo tanto, en el «diseño de espacios» para la sociedad.

Elia Canosa Zamora y Manuel Mollá Ruiz-Gómez centran su aportación en las valoraciones del paisaje promovidas por el excursionismo militar. Los autores repasan las principales fuentes históricas que muestran la importancia que se concedió, desde el movimiento intelectual militar español, al aprendizaje directo del territorio mediante excursiones. Tal y como éstos afirman, «el excursionismo militar convierte el paisaje en una expresión simbólica de la historia militar del país».

La reflexión de José Naranjo Ramírez gira en torno al valor paisajístico de lo utilitario a través del estudio de los lagares del viñedo cordobés. El estudio de la casa rural y sus elementos asociados le permiten reseñar los valores que estas construcciones tradicionales aportan al paisaje vitivinícola de la comarca cordobesa de Montilla-Moriles. También analiza su evolución histórica, desde lo meramente utilitario hasta su actual orientación hacia el uso recreativo y turístico.

Además de los investigadores y profesionales españoles, cuatro profesores de distintas universidades francesas participan en este libro con tres trabajos de gran interés que aportan nuevas miradas sobre los valores del paisaje en el país vecino.

Isabelle Desgrémont y Jean Yves-Puyo analizan la evolución de las consideraciones del paisaje en las leyes francesas sobre conservación y urbanismo. Concretamente, desarrollan un estudio sobre los criterios de clasificación de las estaciones

turísticas pirenaicas durante la primera mitad del siglo XX, y el papel que ha jugado el paisaje en dicho proceso.

El trabajo de Danièle Laplace-Treyturre analiza la valoración del paisaje en tres guías turísticas recientes de la ciudad de Burdeos. Para ello revisa las relaciones existentes entre los valores del paisaje urbano y la experiencia de sus lugares singulares a través de su interpretación turística.

Por su parte, Hélène Saule-Sorbé plantea un conjunto de reflexiones sobre los valores de lo pintoresco a partir de sus definiciones, su evolución y las aplicaciones de esa noción desde el siglo XVII. En el contexto actual, la autora define este concepto como un valor cultural y estético añadido, que llena de significado el espacio público.

Finalmente, este libro incluye la explicación que desarrolló Francisco Alonso Otero durante la excursión del Seminario, dedicada en esta ocasión a los paisajes sorianos de Antonio Machado. Con una descripción detallada de los lugares visitados, el autor ofrece una amplia selección de textos que recoge la visión del poeta sobre algunos de los más singulares paisajes de la provincia de Soria.

En definitiva, se trata de una obra completa y de gran utilidad, especialmente para aquellos investigadores con interés en el estudio y la comprensión de las diferentes dimensiones del paisaje, y que nos permite constatar la amplitud y la solvencia del panorama actual de la investigación sobre los significados y valores del paisaje.

Rodrigo Torija Santos
Universidad Autónoma de Madrid

Berque, Augustin (2009): *El pensamiento paisajero*; traducción de Maysi Veuthey, edición de Javier Maderuelo. Madrid, Biblioteca Nueva, 134 pp.

Dentro del amplio y heterogéneo grupo de pensadores que actualmente se ocupan de la cuestión del paisaje, el geógrafo francés A. Berque destaca por la singularidad de su aportación conceptual y la originalidad de su terminología, así como por haber explorado dicha cuestión fuera de los cauces habituales en los que ésta se ha planteado tradicionalmente, debido sobre todo a su interés y conocimiento de las culturas orientales.

Su principal aportación (desarrollada en obras como *Écoumène. Introduction à l'étude des milieux humains* o *Médiance, de milieux en paysages*) es una exploración del significado e implicaciones de la «geograficidad» del ser humano, concepto éste propuesto originalmente por el geógrafo E. Dardel a partir de las reflexiones ontológicas de Heidegger. Berque no sólo ha superado algunas de las limitaciones que presentaba esta inicial propuesta fenomenológica, sino que ha profundizado en dicha idea hasta llegar a una forma de pensamiento de lo geográfico y de lo humano en que la unidad de ambos elementos, perdida durante la modernidad cartesiana, es recuperada. Es decir, al devolver a la reflexión sobre el ser humano la centralidad de su naturaleza íntima y constitutivamente *terrestre* (la *res extensa* como inseparable de la *res cogitans*), Berque reubica el pensamiento geográfico en un ámbito nuevo que elude los dualismos propios del «paradigma occidental moderno clásico» (lo que él ha sintetizado con el acrónimo POMC).

En este sentido, la obra de Berque pasa por ser uno de los más interesantes proyectos contemporáneos de redefinición ontológica de las bases geográficas de la existencia humana, en la línea (aunque con orientación diferente) de los trabajos del geógrafo norteamericano R. Sack, quien ha hablado del *homo geographicus* en una de sus más conocidas obras, o los de los filósofos J. Malpas o E. Casey, que han reflexionado ampliamente sobre las dimensiones espaciales de la experiencia humana.

En este marco de trabajo, la cuestión del paisaje ocupa un lugar central, como se demuestra en la obra que aquí reseñamos, titulada *El pensamiento paisajero* y editada por Javier Maderuelo, quien realiza en el prólogo de la misma una muy adecuada contextualización de la obra de Berque que ayuda a comprender la oportunidad y el valor de su aportación al lector español, ya que se trata de una de las primeras obras del geógrafo francés traducidas íntegramente al español, aunque éste haya frecuentado ampliamente los foros de discusión de nuestro país.

La obra en cuestión es un ensayo de marcado carácter literario, compuesto por breves capítulos que, si bien desarrollan de manera asistemática y algo parcial el argumento del autor (no es, ni con mucho, la mejor obra de Berque), aportan gran viveza a un relato que contiene, asimismo, numerosos apuntes de naturaleza biográfica (en el libro cobran una gran relevancia los paisajes marro-

quies del valle del Seksawa, en al Alto Atlas, lugar de infancia del autor).

La idea central en torno a la que está articulado este trabajo es la distinción entre el «pensamiento paisajero» y el pensamiento *del* o *sobre* el paisaje. La conciencia o conocimiento de tipo «paisajero» alude a una forma de *práctica* del paisaje, esto es, de vivencia y relación con él, de intervención sobre el lugar y de preocupación práctica por la calidad del entorno y cuidado y acondicionamiento del mismo. Algo muy distinto a la existencia de un pensamiento teórico (una reflexión explícita o conceptualización) que tiene por objeto el paisaje, en tanto que idea y realidad articulada en palabras, representaciones o filosofías, y que no necesariamente se corresponde o concreta en una preocupación material real por el cuidado del entorno.

A partir de esta distinción, Berque examina ejemplos y formas en los que se han dado uno y otro: las primeras manifestaciones paisajísticas en el mundo chino; la génesis de la actitud occidental moderna como apropiación, por parte de la clase ociosa, del campo entendido como naturaleza; las prácticas de distintos pueblos aborígenes, etc. Todo ello con el fin de reflexionar sobre las diferencias entre ambos tipos de relación con el paisaje.

Así, lejos de producirse una convergencia entre estos dos tipos, la hipótesis de Berque es que, al contrario, el haber hecho del paisaje un objeto de pensamiento probablemente haya sido «adverso» (p. 22) al propio paisaje. Es más, para Berque el paradigma moderno de pensamiento sobre el paisaje habría sido

el origen mismo de su propia destrucción material (Berque afirma que «el gran mata-paisaje es el POMC», p. 92), debido a que esas nuevas formas de pensamiento son incompatibles con la práctica tradicional del paisaje en las sociedades agrarias (pp. 92-93) y la sabiduría «paisajera» que surge de esas formas de experiencia, así como con la existencia misma del paisaje en cuanto realidad singular, heterogénea y concreta, pues resulta inaprehensible desde los principios de la física newtoniana y el racionalismo cartesiano.

Este paradigma occidental de pensamiento del paisaje, según Berque, impone una suerte de «acosmía» (una «incoherencia de las cosas con nuestra existencia», p. 94) al mundo de vida de los seres humanos, negándoles la posibilidad de un sentido unitario cualitativo para su experiencia y, por tanto, conllevando la definitiva imposibilidad de un «sentido profundo del paisaje» (p. 86). El imperio de la visión materialista moderna se sostiene sobre una noción dualista y reduccionista, y genera, en consecuencia, una actitud que Berque denomina «metabasismo» (p. 96): una concepción de la cultura como algo autónomo y que se proyecta en la naturaleza, ocultándola y expulsándola simbólicamente del universo del sujeto.

A pesar de que esta visión de la modernidad como destructora de paisaje (en un doble sentido, metafísico y material) no es nueva, sino que sigue en buena medida la línea maestra de la conocida crítica heideggeriana (y en esta obra Berque aborda en su casi totalidad los puntos centrales de esa forma de pensamiento), constituye un ejemplo valioso

y encomiable, por infrecuente en nuestros días, de análisis de la cuestión del paisaje en tanto que atañe a la «esencia de la realidad humana en la Tierra» (p. 115), a la estructura misma de nues-

tra experiencia geográfica y, por ello, de nuestro ser espacial.

Paloma Puente Lozano
Universidad Carlos III de Madrid